



PRIMERA PARTE
DE LAS HAZAÑAS,
Y VALENTIAS

DEL VALIENTE
PAPACHIN,

Y LA RESPUESTA QUE DIO LA CIUDAD
de Alicante à el Conde de Trem, General
de la Armada de
Francia.

Pido à los hermosos Cielos, para que pueda contar
que me cubrá de su gracia, lo que sucedió en España.

En

En la Ciudad de Alicante,
tierra rica, y regalada,
en este presente año
noventa y uno contaban,
à veinte y quatro de Julio,
Domingo por la mañana,
en el Puerto de Alicante
se ha aposentado una Armada
de Franceses, cierto ahora
no cumplieron su palabra;
quando à las ocho del dia
vieron venir una lancha
tocando un clarin feroz;
la qual trahia una carta;
lo que la carta decia
les dirè sin faltar nada.
Sabreis, que Monsiur de Trem,
General de aquesta Armada,
que en el Puerto estais mirando,
no os suplica, pero os manda,
que le envieis tres millones,
antes que faque la espada,
porque la lleva sangrienta,
segun por escrito se halla
lo que passò en Barcelona;
no digo mas, y esto basta.
Lo que la Ciudad responde,
de aquesta fuerte le habla:
Que los millones que pide

le darà en polvora, y balas,
y si la Ciudad bombea,
les cortaràn las gargantas
à quantos Franceses hoi
en esta Ciudad habitaban.
Volviòse la lancha à el mar
à llevar esta Embaxada.
El General que la oyò,
ha dicho aquestas palabras:
Bombeen esta Ciudad,
comiencese la batalla.
Previnieron dos lanchuelas;
parten à medir las aguas,
ya previenen los pontones,
todo à punto de batalla.
Tiran la primera bomba,
Jesus què cosa tan rara!
Pegò la primera (ay, Dios!)
à donde el Sagrario estaba:
fumieron el Sacramento,
remedio de nuestras almas.
O desdichado Alicante!
Sin Dios, y hombre te hallas
q̄ en tierra donde no hai Dios,
nunca faltaràn desgracias.
Las Monjas de los Conventos
dexan la Clausura, y marchan
perdidàs por los caminos;
quien vido lastima tanta?

Vèc

Ver las Esposas de Christo
perdidas por las Montañas.
Clerigos, y Religiosos,
todos se dan à las armas,
componiendo sus trincheras,
tomando el fuelo por cama.
Todos dexaban el sitio,
si no el Marquès de la Casta,
como valiente Soldado,
en un fuerte caballo anda,
un Santo Christo en las manos
diciendo aquestas palabras:
Há valientes Españoles,
¿donde està vuestra arrogancia?
¿donde està la valentia?
Nadie tema, viva España,
que en el nombre de mi Rei
he de vencer la batalla.
Estando en estas razones,
vieron venir otra lancha,
con otra carta, que envia
el Almirante de Francia;
en la qual carta decia:
y Señoria me haga
favor de los tres millones,
que pedi la vez passada.
Lo que la Ciudad responde,
de aquesta fuerte le habla:
que ya los ha prevenido

todos en oro, y en plata,
como salga el General,
y todos los de su Armada,
si trahe valientes Soldados,
de los mejores de Francia,
desafia uno à dos,
en el campo cara à cara,
y que no le harà traicion
por vida del Rei de España.
Volviòse la lancha à el mar,
à llevar esta embaxada.
El General que la oyò,
le ha dicho aquestas palabras:
Aunque no tengo tal orden
de su Magestad de Francia;
pero juro à el alto Cielo,
y por la Cruz de mi espada,
que los he de quemar vivos
en el sitio donde se hallan.
Peguen fuego à esos Pontones,
y quemem estas carcazas.
Quatro mil, quinientas bombas,
y setenta y tres contadas,
tiraron à la Ciudad,
que bastaban à abrafarla.
Domingo, Lunes, y Martes,
llovieron voraces ascuas,
quando à las tres de la tarde
vieron que el sitio dexaban,

porque à la zaga les viene,
porque les viene à la zaga
Papachin con su poder,
y toda su gente armada.
Què vàs huyendo de mi?
como cobarde, sin alma:
Si quieres probar tu Estrella,
espera, detente, aguarda:
Aguarda, cobarde, espera,
por què me huyes la espalda?
que vàs derribando Templos,
Imágenes despedazas;
allà lo veràs con Dios
al fin de aquesta jornada.

F I N.

Con licencia : En Sevilla , en la Imprenta REAL de Don Diego
Lopez de Haro , en Calle de Genova.





SEGUNDA PARTE DEL VALIENTE PAPACHIN.

REFIERESE EL DESAFIO QUE LE HIZO EL GENERAL de Francia, y como habiendo salido à el Papachin, lo derrotò, y como fue huyendo el Francès. Y lo demàs que verà el curioso Lector.

Rompa la sonora trompa,
 y por todo el múdo la fama,
 y por todas las Naciones,
 cante los triumphos de España.
 Escucha Carlos Segundo
 las grandezas de tus armas,
 con los Grandes de tu Reino,
 à pesar de los de Francia.
 Deme la Madre de Dios
 de la Piedad soberana,
 que pisa en brillantes luces,
 su sagrado Sol en Basa,

dè luz à mi entendimiento,
 para que se dè à la Estampa
 del invicto Papachin
 el esfuerzo de su espada.
 De aquel Saboyano noble,
 à cuyo valor no iguala,
 no de Roldan el valor,
 no de los Doce las armas:
 mas valiente que Alexandro,
 el Neptuno de las aguas,
 el pasmo de las victorias,
 el assombro de batallas,

el defensor de Castilla,
el escandalo de Francia,
el freno de la Turquia,
el perseguidor de Olanda,
el que es freno de Franceses,
el que sujeta à sus mallas,
el mas valiente Campeon,
que se dexa atràs, y passa
de Camilos, Scipiones,
las mas legiones Romanas.
Escucha Carlos Segundo,
escuche tu Reino, y quantas
el cano mar admirado,
en sus navales batallas.
En este presente año
de noventa y dos, que esmalta,
sobre los mil y seiscientos,
que nació entre nieve, y paja
el Hijo de Dios humano
de la Virgen soberana,
para remedio del hombre
del captiverio en que estaba;
estando Don Bonifacio
de Papachin, en la Playa
de Cadiz, dando carena
à los buques de su Esquadra.
El dia quatro de Marzo
acotò alli una fragata;
con una carta que envia
el Almirante de Francia
à Don Bonifacio, à quien

el Papachin, de la Armada
del Rey de España Almirante,
escucha aquesta Embaxada.
Yo soi gran Monsiur de Trem,
y Duque de la Follada,
Par de Francia, y de mi Rey
el Bracifero de espada.
Escuchame, Papachin:
Yo el Almirante de Francia,
desafio, reto, y llamo,
para una naval batalla,
tanto numero Español,
como quantos son, y marchan
debaxo de sus vanderas
à el ronco son de las caxas.
A ti, Papachin, te llamo,
que me han dicho q̄ me llamas
y que me fui de Alicante,
quando las bombas passadas,
porque temi tu valor.
Quando no es cosa ignorada,
que à España le sobran fuerzas,
para las fuerzas de Francia.
Me fui por no vèr el mar
hecho una tumba Christiana,
y las Españolas Crismas,
vèrlas en èl sepultadas.
Setenta y quatro navios
de guerra, guardan mi espalda
con solos quatro te espero,
no dès que hacer à mis ansias.
Es

Es noche de colacion,
de Genova trahigo cascas,
y de Paris los anises,
que repartir en tu Esquadra.
Mirò al Cielo Papachin,
y tirandose las barbas,
respondiò con fiero enojo
à el Francès estas palabras:
A Monsiur de Trem, que espere,
y que del mar no se vaya,
que la embestida Francefa,
no la temo, ni me espanta,
que no me coge de susto,
me rio de su arrogancia.
Despachò la carta, y luego
à sus Capitanes llama,
diciendo aquestas razones:
Que se prevengan à el arma,
el navio San Matheo;
como Evangelista trata,
con ochenta y dos cañones,
volar del mar la campaña.
El Patache, y Concepcion,
que vivo fuego derrama,
en su primera carrera,
quebrantarà su arrogancia.
No teme de San Dionis
el rigor, polvora, y balas.
Disparò pieza de leva,
mandò resonar las caxas,
y los sonoros clarines

à el aire los ècos daban,
Alzando cetros, y dando
à el viento las velas blancas,
tres Españoles falcones
buscan la Francefa garza.
Fue al Cabo de San Vicente,
y los Delfines se espantan,
por tener ellos el nombre
de Principes de las aguas.
Los Tritones se festejan,
Syrenas dulces le cantan,
le dan aplauso las olas,
y las borrascas bonanza.
Tomò vuelta de el Estrecho
à el descubrir con el Alba,
del Sol las rubias madexas,
que en el Oriente bañadas,
y quando los paxarillos
cantan repetidas salvas,
el dia de las victorias,
tambien las endechas cantan.
Subiò à la gavia el Grumete,
y divisò como estaban
junto à la Cruz de Tarifa
quatro naves arboladas;
les disparò quatro piezas
con ira, colera, y rabia,
le respondieron con ocho,
echando las pavesadas.
Papachin bizarro entonces,
en una ligera lancha,

à la Concepcion, y Estevan,
se paìsò para animarlas.
Hijos de España, les dice,
aquì del valor, y saña,
no por mi, ni por vosotros,
ni por defender la Patria,
solo Dios es el que vence,
y por èl vencerà España,
nuestro Catholico Rey
pone en mi su confianza,
el primero he de morir.
Ea, Soldados, à el arma,
gima el bronce, à Dios, à Dios,
dixo empuñando la espada,
y volviendo à San Matheo,
con San Dionis aferraban,
el Patache, y Concepcion
le diò con toda una andana,
y disparandole à un tiempo
la colacion de Vizcaya,
balas rasas, palanquetas,
diamantes, y pies de cabra;
y el Navio San Matheo,
fuertemente le dispara

de Vizcaya las cerèzas
que para el Francès son balas
con que se viò el Mongibelo
con mas viveza que llamas.
Echò à Fondo à San Dionis,
y Monsiur de Trem se escapa,
à tener en Berberia
alguna segura estancia.
Su Navio Magdalena,
sin arboles, y mucha agua,
fue à el Rio de Tetuan
para reparar sus ansias.
Cerrò la noche, y el viento
soplò con fuerza contraria,
victorioso Papachin,
en Gibrartar desembarca:
seiscientos Franceses fueron
à la Ribera de España,
donde tienen sepultura
por la charidad Christiana;
y nuestro Rey Carlos viva,
para que con mano franca
premie Españoles valientes,
que ponen temor à Francia.

F I N.

Con licencia : En Sevilla, en la Imprenta REAL de Don Diego
Lopez de Haro, en Calle de Genova.